

*Para Emilio y María Rosa,
de donde vengo.*

*Para Guillem, Inés y Belén,
a donde voy.*

*Y aunque ahora somos nuevamente dos extraños,
hay un motivo por el que nos conocimos,
y si está escrito que no tenemos que separarnos,
nos volveremos a encontrar,
en el destino iluminados nos volveremos a abrazar
iluminados por el pasado.*

«Iluminados», *La tristeza de la Vía Láctea*

LEWIN

Quizá todo empezase hacía poco más de año y medio. Lo recuerdo con una nitidez fotográfica. Aquella mañana de finales de agosto calurosa, veraniega, ociosa, opresiva a pesar de su levedad, todo empezó a cambiar, todo se fue a la mierda. Una bomba de consecuencias fatales rompió aquel verano, aquel mes, aquel año, el futuro.

Recuerdo la caminata interminable por la playa. Mis pies chapoteando en el agua de la orilla, el sol de la tarde que calentaba mi espalda, el sonido obstinado del mar. Aquel mantra que no me dejaba salir del pensamiento horroroso de la enfermedad de mi hermana.

Fue a la hora de la comida. Las niñas acababan de irse al dormitorio y ya debían de estar durmiendo la siesta. Marina y Carmela. Bronceadas e infantiles conservaban aún el vaivén de las olas dentro de sí; aquella resaca. Habían estado toda la mañana jugando en el mar. Hicieron un castillo precioso que un niño cabrón les pisoteó. El padre ni siquiera se excusó, cogió al pequeño de las axilas y se lo llevó volando. Yo lo miré con asco como si pudiera herirle simplemente con la mirada clavada en su espalda. Las niñas protestaban. «Papá», se lamentaban. Pero no hice nada. Las cogí y nos metimos en el mar. Allí se disolvió su rabia y mi frustración.

Estábamos sentados a la mesa, en el apartamento que alquilábamos desde hacía tres años. Aquel sería el último. Después de

ese verano no quería volver, sería ya un lugar marcado por la desgracia. Rosa y yo sentados a la mesa. Entre nosotros una ensalada y unos boquerones fritos. Sonaba una lista de reproducción de música clásica en la que habíamos ido metiendo con paciencia todo aquello que nos gustaba. La terraza estaba abierta y llegaban, desde el exterior, los sonidos cada vez más apagados del verano: risas de niños que aún estaban en la piscina, chapuzones, madres que llamaban a sus hijos para que subieran a comer, algún claxon. Miré a Rosa con una lascivia fingida. El verano me pone cachondo: los apartamentos alquilados, los hoteles, cualquier espacio ajeno, también el calor y la naturaleza. Hacía tiempo que no nos acostábamos. En realidad, en aquella época ya no quería acostarme con ella. Pero el calor, el apartamento donde tantas personas habrían fornicado; la pesadez de las vacaciones, el ocio insufrible, la playa y el mar, el sueño de las niñas, el pescadito frito... Todo aquello hacía que la deseara como hacía tiempo. En mi cabeza montaba escenas de lo más animal: sexo duro, sudoroso, físico.

Sonaba, cómo olvidarlo, el maravilloso segundo movimiento del *Trío para piano número dos en Mi bemol*, de Schubert, que había añadido Rosa a nuestra lista de reproducción. Entonces vibró el móvil sobre la mesa. «Mamá», se leía en la pantalla. «Buf», pensé, mientras notaba cómo una poderosa erección presionaba el bañador. Dolía el contacto del glande desnudo contra la braga de rejilla. Iba a explotar. Tenía la mirada fija en la parte blancuzca de los senos de Rosa. El sostén del biquini, aflojado en casa, dejaba entrever esa parte del pecho blanca como la harina en contraste con el moreno del escote. Así vistas, parecían unas tetas más puras, más vírgenes quizá, más nuevas. Las deseaba más, como si fueran de leche. Dejé que el teléfono sonara. Pinchaba la lechuga y miraba el pecho de Rosa. Miraba su pecho y sus ojos. Y me imaginaba el pezón rosado en el centro de aquel manto de nieve. Quizá notara mi concupiscencia y se dejara contagiar y termináramos follando en la terraza. Ella mirando el mar y yo detrás. Pero no me miró. No adivinó siquiera aquello que me quemaba por dentro.

El teléfono volvió a vibrar. «Mamá». ¡Dios, qué pesada podía llegar a ser! «¿No lo vas a coger?», preguntó Rosa sin levantar la vista de su propio móvil. «Quizá sea importante», remató con funesta puntería. «¿Sí?», contesté.

—Ernesto —dijo simplemente mi madre, y calló. Noté en el auricular cómo se rompía al otro lado de la línea.

—¿Qué, mamá? ¿Pasa algo? —pregunté alertado. Vi cómo Rosa levantaba la vista del teléfono y me miraba preocupada—. Mamá —insistí ante el terco silencio de mi madre—, ¿qué pasa?

—Tu hermana, Ernesto, tu hermana —no hizo falta que dijera nada más. Supe que estaba muerta. De repente quise colgar. No me interesaba saber cómo había sido: un accidente de coche, un accidente doméstico, me daba igual. Sin embargo, llevado por una especie de guion predefinido, pregunté:

—¿Qué le ha pasado?

—Acabamos de volver del hospital. Le han estado haciendo unas pruebas y...

ELA. Esclerosis lateral amiotrófica.

Ya no comimos más. Desde aquel momento no soy capaz de oír aquella pieza de Schubert. Temo que al hacerlo me pueda desintegrar. Otro efecto secundario de aquella explosión. Rosa insistió para que acabáramos las vacaciones. Total, nos quedaban cuatro días. Las niñas. «No quiero que te vayas y que sospechen que algo no va bien». Pero es que algo no iba bien, Rosa. Quizá ahora lo entiendas. Mi hermana: Malena. Estuvimos discutiendo lo que duró la siesta de las niñas. Después, me fui a la playa. Me lo dijo Rosa: «Vete a caminar, piénsalo, y cuando vuelvas hablamos».

Mis pies chapoteaban por la orilla llena de algas. Los niños corrían brillantes bajo el sol. Sus madres reían. Estaban llenas de dicha. Ignorantes de todo aquello que estaría por suceder. Pensé en mi madre. La vi en casa de mi hermana, sorbiendo una tila en la cocina. Rota. Me crucé con una pareja joven, veinticinco, veintiséis años. Me vi en ellos. A mí y a Rosa. Hacía diez, quince años. Cuando no teníamos ni a Marina ni a Carmela. Cuando

no pensábamos que la vida tenía unas dimensiones. Cuando no veíamos el cordón invisible de la existencia. Malena, de forma indirecta a través de la llamada de mi madre, me lo vino a susurrar aquella tarde ociosa, veraniega, opresiva a pesar de su levedad. La muerte, la enfermedad y, lo que es peor, el dolor y el miedo. Ese cordón invisible que delimita la existencia. Ese cordón de violencia.

Volví a casa cuando el sol apenas emitía un destello rosado. Todo parecía cubierto de seda, las calles, los veraneantes, los adolescentes en moto, los coches aparcados. En el cielo había sangre y en la tierra ceniza. El olor a salchichas fritas me golpeó nada más entrar. Las niñas estaban recién duchadas. De sus cuerpos infantiles emanaba el perfume del *after sun*. Los cabellos húmedos perfectamente peinados. Rosa, de pie, fumaba junto a la ventana de la cocina. Se la veía cansada, tenía ojeras, dolida. Siempre quisiste a mi hermana, Rosa. ¡Y cómo no quererla!

Me senté en la mesa al lado de Marina. Vi cómo se metían los trozos de *frankfurt* y los masticaban con la boca abierta. No las reprendí, no aquella noche. Reían solo por mirarse. En la infancia sobran los motivos para reír. Sentía una mezcla de amor, felicidad y miedo. Dolía. Dolía saberlas mortales. Después las llevé a la cama y estuve a su lado hasta que sus respiraciones se hicieron profundas y se acompañaron. Fue poco tiempo, estaban rendidas, con toda aquella resaca en las entrañas y la fiebre del sol. Las besé y fui al salón. Rosa se levantó del sofá al verme y me abrazó. En la tele reponían una serie de humor de hacía unos cuantos años. No molestaba, sino todo lo contrario, era una manta que nos arropaba. La agarré fuerte, así su culo y lo acerqué hacia mí. Como en la tarde, una erección se abrió paso con violencia. Ella lo notó y sentí cómo se estremecía entre mis brazos. Le bajé la braga del bikini y paseé mi mano por entre sus nalgas hasta que mis dedos se colaron en su vagina. Ella se dejaba hacer. Jadeaba junto a mi oído. Pensé que era más la pena que el deseo lo que la llevaba a dejarse poseer. Le di la vuelta y le

bajé la braga del todo, que quedó enrollada en sí misma a pocos centímetros del suelo tirante entre los tobillos. Se apoyó sobre los brazos en el respaldo del sofá y la penetré con fuerza. No era amor, ni sexo, era un favor a un hombre desesperado. Y el grito solitario de un hombre. Reivindicaba la vida frente a la muerte.

Aquella noche no dormí. Al día siguiente bajé con las niñas a la playa. Rosa tenía dolor de cabeza y se quedó en la cama. Solo tres días más para volver a Madrid, pensaba. Malena. Malena.

Me llamo Ernesto y tengo cuarenta años. Ernesto Barbieri Sevilla. Mi nombre me delata: soy el hijo de Armando Barbieri y de Inés Sevilla y el heredero de la galería de arte Barbieri Sevilla. El heredero y, desde la muerte de mi padre, el dueño. Mi mujer es Rosa Portugal, la hija de Francisco Manuel Portugal, el gran pintor. Ella también es pintora, de cierto renombre, de hecho, pero no como su padre. Aun con eso, ella es feliz: persiguió sus sueños y los conquistó. Yo también quise ser pintor, pero de eso hace mucho tiempo. De aquel deseo ya no queda nada, solo unas cenizas, ni siquiera brasas, que el tiempo dispersa cada día, un nihilismo agradable y un cinismo de gusto amargo.

Tengo dos hijas, Marina y Carmela. Actualmente tienen ocho y seis años y son unas niñas felices. Nos esforzamos por que así sea.

Visto así se podría decir que tengo una vida envidiable. Tuve una buena infancia, una niñez feliz rica en vivencias y con una formación que trascendía los muros de la escuela. Viajábamos mucho. Recibíamos muchas visitas de gente importante y brillante en casa. Teníamos unos padres cultos que se preocupaban por nuestra educación. Y tengo un trabajo poco común, atractivo: galerista de arte. Departir con artistas, con coleccionistas, asistir a eventos y ferias, dar charlas en museos e instituciones, impartir clases en postgrados de Gestión Cultural, de Periodismo, cursos

de especialización en las vanguardias españolas. Estar casado con una reputada pintora —todo lo reputada que se puede ser en los tiempos que corren y en nuestro país— y ser padre de unas niñas sanas y hermosas son cosas que la gente valora y percibe como maravillosas. Pero, como todo lo que emite luz, tengo mis sombras, en mi caso por tres razones, tres poderosos motivos que me llevaron, sin que me diera cuenta, a hacer lo que hice y que cambió mi vida.

La primera es que mi hermana tiene ELA y está postrada desde hace tiempo en una cama. Malena es probablemente la mejor persona que conozco. Me lleva solo un año y siempre ha estado pendiente de mí. Todo el mundo la quiere. Todos la deseaban. Es guapa, divertida, inteligente... Incluso hoy, en su estado, lo es. Es mi hermana, sí, y quizá piensen que el amor que le profeso me haga exagerar, pero no. Si fuese un desconocido hablaría de ella en los mismos términos. Desde hace algo más de un año, la vemos a diario mi madre y yo indefensa y asustada. Y no podemos hacer mucho por ella. Más bien nada, más allá de acompañarla, tomarle la mano, contarle cosas sin importancia de nuestro día a día. Nada, como decía. Aguantar con esfuerzo su lento desaparecer. A veces, cuando la observo, pienso que su cuerpo es un papel fotográfico en pleno proceso de impresión. Cada día más inerte, más fijo, más doloroso. La ELA es una enfermedad cabrona, muy cabrona. Su pronóstico vital es siempre malo y la esperanza de vida tras el diagnóstico suele ser breve, demasiado breve para decirle a la persona en cuestión todo lo que le tienes que decir para saldar cuentas. Uno siempre piensa en Stephen Hawking y trata de encontrar en él una mínima llama de esperanza, apenas la luz intermitente y débil de un faro en la noche. Pero el de Hawking es un caso excepcional.

Malena empezó con ligeras molestias a las que no le dio mayor importancia. Ni siquiera lo compartió con mi madre o conmigo. Una incipiente debilidad muscular y calambres, sobre todo al despertar por las mañanas que a los pocos minutos desaparecían.

Consultó al médico de cabecera. Tampoco él le dio importancia, pero la enfermedad ya estaba instalada dentro de ella. Pronto llegó la atrofia muscular de los miembros inferiores. Después la paulatina colonización de todo el cuerpo. Ahora Malena está postrada en una cama o en una silla de ruedas, según la hora del día. Hemos adaptado su apartamento a la enfermedad y una asistente personal la ayuda a ser lo más autónoma posible, también tiene sesiones de fisioterapia y toma un fármaco experimental que, como mucho, puede atenuar la progresión de la gran mancha durante unas pocas, insuficientes, semanas, quizá meses. Después vendrá el horror, el impacto que llevamos tiempo esperando, la muerte, la muerte horrible como un puño que se acerca, inevitable.

La segunda herida de mi vida es menos lacerante, aunque a mí me duele igual porque tiene que ver con alguien igual de importante para mí que Malena. Se trata de mi padre, Armando Barbieri y de su mayor legado, la galería de arte. Muchas veces se refería a ella como su tercera hija. Ese es el valor que tuvo para él. Hace un tiempo recibí una carta anónima, a su atención, que denunciaba un fraude en la gestión de la galería. Ignoré lo que decía, desde luego. Refería casos de hacía muchas décadas, incluso del tiempo en el que ni mi hermana ni yo teníamos uso de razón. Eran acusaciones graves, de esas que te pueden destruir. Más adelante, recibí una carta parecida, y después otra. A ninguna le di crédito: eran unas palabras anónimas contra la honestidad de mi padre. Yo conocía a mi padre, o creía conocerlo; al autor de esas cartas, no. Era fácil: creo a quien conozco. Pero unos días después de aquella última misiva, quizá una semana o dos, apareció por la galería un personaje peculiar. Estaba yo solo. En realidad, desde que estalló la crisis, allá por 2007, estoy casi siempre solo. Ana, una estudiante de arte, me ayuda por las mañanas y algunas tardes, y cuento con colaboradores esporádicos para preparar ferias o exposiciones o para atender la galería cuando tengo compromisos incompatibles con el horario comercial y Ana no se puede hacer cargo.

Son estudiantes de Historia del Arte en su mayoría que quieren unos pocos euros y ganar experiencia. Hemos capeado el temporal, pero el mercado del arte en España no da para mucho. El personaje en cuestión era argentino, como mi padre. De Buenos Aires, indiscutiblemente. De la edad que tendría él de estar vivo. Chaparro y gordo. Chamuyaba lunfardo. Era un profesional de los bajos fondos, pensé nada más verlo. Moreno de piel y de ademanes bruscos. Por eso me extrañó que dijera que era un antiguo amigo de Armando. Un pintor, remató. Le miré las manos y no le creí. De aquellos dedos rechonchos y repletos de callos, heridas y suciedad no podría haber salido ni una mediocre obra de arte, casi ni un garabato. Había venido a España a visitar a una sobrina, dijo, y quería encontrarse con mi padre, después de tantos años, para hablar del pasado. No le creí tampoco. Mi padre era de buena familia, emigrantes italianos que fueron a hacer negocios a Sudamérica, no en busca de trabajo, sino a aumentar su riqueza, a expandirse. Yo le dije sin mucho tacto que Armando había muerto hacía seis años. No me gustaba ese hombre y me lo quería quitar de encima. «Lo siento», le dije dubitativo después. Me costaba creer que mi padre hubiera compartido con ese tipo alguna amistad, pero su rostro, entre abatido y sorprendido me llenó de tristeza de forma súbita. «Ahora llevo yo la galería, soy su hijo, Ernesto Barbieri», le dije, y le tendí la mano. Él se quedó un rato inmóvil antes de estrechármela y cuando lo hizo fue de una forma débil y mortecina, como si no tuviera energía de repente. Ni siquiera me dijo su nombre.

Cuando se marchó me quedé un rato quieto y salí a la calle para ver cómo se alejaba, tenía la cabeza gacha y gesticulaba como si hablara consigo mismo. Cuando volví a entrar, recordé aquellas cartas anónimas. Fui hasta el escritorio y las recuperé del cajón donde las había dejado. Las tendría que haber tirado a la basura en su momento, pero no lo hice, quizá porque el hecho de que fueran dirigidas a mi padre me había enternecido. Y al releerlas entendí por qué había pensado en ellas al despedir

al peculiar tipo: su estilo, aunque neutro, dejaba entrever que habían sido escritas por un argentino. Al día siguiente encontré una nueva carta, esta vez sin siquiera matasellos: la habían pegado con celo a la persiana metálica con la que cerraba la galería. Esta vez iba dirigida a mí: «Ernesto Barbieri», se leía en el sobre. «Tenemos que hablar de un asunto del pasado vos y yo», decía simplemente. Iba firmada por Marcos Esteban Bercovitz y un número de teléfono móvil. Supe que había sido aquel tipo, claro. La guardé junto a las demás y, antes de abrir la galería al público, me fui a El Gamo, la cafetería de enfrente en la que solía comer y desayunar. Necesitaba un café y pensar en todo aquello. Ahí, en la barra, quiso el destino que me estuviera esperando la tercera variable que cambió mi vida: aquella mujer.